

Palabras de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en ocasión de la Conferencia Magistral del Presidente de la República del Ecuador, Rafael Correa Delgado

Santiago, 26 de octubre de 2012

Muy buenos días,

Es, para esta Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y para esta Secretaria Ejecutiva, un placer y un honor recibir en la casa de las Naciones Unidas en la región, a nuestro querido amigo el Presidente de la República del Ecuador, Rafael Correa.

Es un agrado además saludar a Patricio Aylwin, ex-Presidente de Chile, y a José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA), quienes también nos honran con su presencia. Agradecemos asimismo a las señoras y señores ministros del Ecuador que hoy nos acompañan: Canciller Ricardo Patiño, Ministros Jorge Glas, Coordinador de Sectores Estratégicos; María Fernanda Espinosa, Coordinadora de Patrimonio Natural; Érika Sylva, Ministra de Cultura; René Ramírez, Secretario Nacional de Ciencia y Tecnología, y a los altos funcionarios de su administración. También al Embajador de Chile en el Ecuador, Juan Pablo Lira, y al Embajador del Ecuador en Chile, Francisco Borja, y a los señores y señoras embajadores, representantes de organismos de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales,

Autoridades y representantes del Gobierno de Chile,

Estimados colegas, amigos y amigas,

Recorrer la trayectoria de Rafael Correa, economista, es ilustrativo del empeño y la constancia, pues logró sortear las injustas limitaciones que la modestia de medios familiares interponían al desarrollo de sus talentos y pudo dotarse de una formación rigurosa y exigente.

Desde su natal Guayaquil, que lo vio crecer entre los pasillos del Colegio San José de la Salle y las cuadras de su barrio Pedro Carbo. Desde aquella Guayaquil histórica, cuna de la “Fragua de

Vulcano”, que también lo vio formarse como economista, grado al que sumaría en Bélgica la maestría de la Universidad Católica de Lovaina la Nueva y en los Estados Unidos una maestría adicional y el doctorado en la Universidad de Illinois.

Pero el Presidente Correa no es un economista convencional, de aquellos que abstraen en números la dimensión esencialmente social de las realidades que analizan, estudian y sobre la que intentan operar. El Presidente Correa constituyó una identidad que tuvo siempre anclas firmes en una sensibilidad comprometida por los postergados, por los excluidos, por los discriminados.

Hombre de profundas convicciones espirituales, habitó pronto ese territorio solidario que construyó el catolicismo del Concilio Vaticano Segundo, de Medellín y de Puebla. Dicho Concilio fue el que decidió hacer de su labor pastoral testimonio de opción preferencial por los pobres, evidencia de genuino humanismo cristiano, con raíces latinoamericanas, dispuesto al diálogo comprensivo y no a la imposición de verdades dogmáticas y a la construcción terrenal de sociedades justas e igualitarias.

Desde allí encontró un joven Rafael Correa el impulso para sumarse a las misiones que lo llevaron a vivir en El Guasmo (uno de los mayores barrios marginales de Guayaquil) y convivir con el rostro duro de la marginación urbana, y luego, recién titulado, a consagrar un año al voluntariado social entre las comunidades indígenas andinas de Zumbahua, el mismo lugar donde un 14 de enero de 2007 recibiría el bastón de mando, el poncho y el sombrero con los que las comunidades lo investían simbólicamente con la autoridad que había ganado en las urnas.

Rafael Correa construyó también una sólida trayectoria docente, como investigador y consultor económico, como analista y crítico informado de los efectos de la aplicación de un modelo de liberalización ortodoxa que en Ecuador y en nuestro continente permeaba las recetas del Consenso de Washington. Su libro *Ecuador: De banana republic a la no república*, que será presentado esta tarde en la Feria Internacional del Libro de Santiago, en la Estación Mapocho, documenta lo ocurrido en el Ecuador y en la región en las últimas décadas, particularmente desde la crisis de la deuda externa.

Al recorrer las páginas de este libro se puede entender mejor cómo a mediados de la primera década de este siglo, el Ecuador vivía los estertores de una grave crisis política. De tal forma que en el curso ajustado de solo diez años el majestuoso Palacio de Carondelet vio sentarse a **siete** distintos presidentes, mientras el deterioro de las condiciones de vida, la acumulación irritante de promesas incumplidas, la aguda concentración de riqueza en cada vez menos manos activaba a una ciudadanía exigente y movilizada.

En ese escenario convulso, por breves pero intensos meses, Rafael Correa, un hombre que venía de la academia y sin compromisos con ningún grupo de interés, es nombrado Ministro de Economía y Finanzas.

Un año más tarde de su salida del gabinete, el Presidente Correa era elegido para impulsar un ambicioso proceso de cambios conocido como la Revolución Ciudadana.

A finales de 2006, asumía el cargo, impulsaba la realización de una Asamblea Constituyente, y al cabo de un par de años, al amparo de una nueva carta magna, ratificada ampliamente en referéndum, Correa revalidó en abril de 2009 su mandato, inéditamente, en primera vuelta.

El eje de su agenda y su compromiso ha sido nítido. En sus propias palabras:

“La prioridad de prioridades es la lucha contra la pobreza, el mayor imperativo moral que tiene el Ecuador, la Patria Grande, y el planeta entero, ya que por primera vez en la historia de la humanidad esta no es fruto de escasez de recursos o factores naturales, sino de sistemas perversos y excluyentes” (Informe a la Nación 10 de agosto de 2012).

Una afirmación que no es solo expresión de deseos, porque Rafael Correa, y con él las ecuatorianas y ecuatorianos, pueden señalar con orgullo que en estos años, pese a la persistencia de muchas dificultades, han logrado llevar el nivel de su coeficiente de Gini de 0,55 a 0,47. Un testimonio concreto de merma en las desigualdades.

Tomando como año de referencia 2004, en comparación con el año 2011, el Ecuador ha multiplicado por 5 su inversión en educación; por 4,5 su inversión en salud; por 5 su gasto en políticas públicas de bienestar social, al tiempo que multiplicaba por 3 la recaudación efectiva

de rentas internas mientras reducía del 70% al 58,3% el peso de los impuestos indirectos en la canasta total y aumentaba del 28,5 al 40,5% el peso de los tributos directos.

El Presidente Correa y sus conciudadanos pueden además demostrar sólida evidencia de los cambios en las prioridades fiscales, brújula de la reconfiguración de las relaciones de poder que configuran los horizontes presentes y futuros de nuestras comunidades. El Ecuador dedicaba en 2004 el 8,1% de su PIB al servicio de su deuda. Este año esa erogación alcanza solo el 4,2%. Hace ocho años, el Ecuador destinaba el 4,3% de su PIB a inversión social, en su presupuesto más reciente destina a la inversión social más del 11%.

Estos logros no han sido sencillos, han debido encarar resistencias y dificultades. Son, sin embargo, evidencias del empeño de un valor muchas veces no advertido: la constancia. Un atributo que en el Ecuador, y en nuestra patria común, se alimenta del ejemplo vivo que nos legó el gigante de Montecristi, prócer y viejo luchador de la Revolución Liberal, Eloy Alfaro Delgado.

Constancia que desde la CEPAL se expresa en nuestra convicción de que ha llegado en América Latina **la hora de la igualdad** y que solo a partir de mayor titularidad de derechos se logrará la profundización de la democracia, como orden colectivo y como imaginario global compartido.

Como usted, Presidente, ha expresado en la propuesta de **sumak kawsay, el buen vivir**, y que coincide con los fundamentos de nuestros documentos estratégicos: *La hora de la igualdad: Brechas por cerrar, caminos por abrir* y *Cambio estructural para la igualdad: Una visión integrada del desarrollo*, en que enfatizamos que la igualdad social, el dinamismo económico y la sustentabilidad ambiental requieren de un profundo cambio estructural virtuoso y que estos tres objetivos no están reñidos entre sí. La igualdad es el horizonte, el cambio estructural el camino y la política el instrumento. Se trata de crecer para igualar e igualar para crecer, pero no a cualquier precio.

Se trata de repensar el desarrollo retomando el pensamiento estructuralista latinoamericano, fortaleciendo por ejemplo instrumentos de planificación tal como lo hace el Ecuador con la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES).

La CEPAL sostiene, Presidente, que la llave maestra de la igualdad es el empleo con plena titularidad de derechos, a la educación, a la ciencia, a la tecnología, a la innovación.

Pero no solo en lo social se juega lo social. En efecto, la política industrial es de largo plazo, y en el camino las recomposiciones sectoriales en función de saltos de productividad requieren de la política social para garantizar pisos de bienestar a quienes no pueden, en las primeras etapas, alcanzarlos por vía del empleo de calidad y con derechos.

La vocación igualitaria es también vocación universalista: todos quieren ser productivos, todos quieren mejor calidad de vida, todos quieren saber, todos quieren estar educados, todos quieren empleo y derechos. A eso aspiramos en la CEPAL, a construir un proyecto de desarrollo inclusivo que provea de espacios para que todos los segmentos de la sociedad puedan llevar adelante sus potencialidades y proyectos de vida, sobre la base del cambio estructural con sostenibilidad ambiental. Al hablar de igualdad estamos hablando de política productiva. Estamos hablando de distribución, de propiedad y apropiación de los bienes colectivos y de la construcción de ganancias de productividad genuinas y no espurias; es decir, a partir de la plena comprensión de la renovabilidad de los recursos naturales y de su uso en el tiempo con igualdad intergeneracional. Encontrar en el quehacer presente del Ecuador tantos puntos de diálogo con estas afirmaciones comunes resulta un estímulo motivador a nuestra labor cotidiana.

Bienvenido, Presidente Correa, a esta casa latinoamericana y caribeña de las Naciones Unidas, bienvenido el representante de la tierra de Alfaro, bienvenido el líder constante y comprometido con la construcción de un horizonte de justicia e igualdad.

Junto a usted recordamos las palabras de Eloy Alfaro: “La libertad no se implora como un favor, se conquista como un atributo inmanente al bienestar de la comunidad”.

Con usted, con su pueblo, con los hombres y mujeres de nuestra patria grande, con nuestros hermanos kichwas queremos poder decir:

Ari, ari, kunanka Llaktaka shikanmi

(Sí, sí, ahora la Patria es diferente).

Presidente Rafael Correa, entrañable amigo de la CEPAL, le ofrezco la palabra. Muchas gracias.